

1. EUROPA DEL ESTE: UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA

Víctor Manuel Amado Castro

Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea

1.1. Un espacio heterogéneo

El objetivo de este breve artículo es ofrecer una visión histórica general de los acontecimientos sucedidos desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días en el ámbito de lo que conocemos como Europa del Este. Si ya es de por sí aventurado generalizar sobre un periodo tan largo de tiempo, lo es más aún cuándo se trata de una zona tan amplia y tan diversa como es el oriente europeo. Teniendo en cuenta el contexto en el que se escribe este artículo hemos acotado la zona de estudio al espacio geográfico europeo que hoy conforman Polonia, Hungría, República Checa, Eslovaquia, Rumanía y Bulgaria. Estados como la antigua RDA, hoy parte de la Alemania unida, o la antigua Yugoslavia, especialmente Eslovenia, serán citados a lo largo de este artículo para no perder el contexto general, y teniendo en cuenta que los diferentes autores que conforman este trabajo harán una referencia más explícita de dichas zonas.

Acotado el objeto de estudio, se han de tener en cuenta algunos aspectos importantes. En primer lugar, el desarrollo histórico de esta zona del continente estuvo ligado

la mayor parte de este periodo de tiempo, desde 1945 hasta 1989, a las directrices marcadas desde la URSS.

Un segundo aspecto, y no menos importante aunque más desconocido, es que el ámbito geográfico conocido durante la *Guerra Fría* como Europa del Este, estaba lejos de constituir un todo homogéneo. Tal y como más tarde se vio, las diferencias dentro de la Europa del Este no sólo eran culturales y lingüísticas, sino que respondían también al desigual desarrollo político y económico. Frente a la ortodoxia comunista de la RDA y de Checoslovaquia, estuvo el carácter más reformista y «liberal» de Hungría y Polonia, y en las antípodas de todos éstos, el comunismo nacionalista de Bulgaria y Rumanía.

El último rasgo de importancia hace referencia a la identidad de pertenencia de cada uno de estos países dentro del marco geográfico continental europeo. Mientras que países actuales como Polonia, R. Checa, Eslovaquia, Hungría y Eslovenia han formado parte a lo largo de la historia de *Mittleuropa*, los restantes (Bulgaria, Rumanía, Albania y el resto de la antigua Yugoslavia) han estado históricamente vinculados con la parte sudoriental de continente europeo.

Estos tres aspectos: el contexto general de mayor o menor grado de dependencia como países satélites de la URSS en un mundo de *bloques*, la diversidad de los países que conformaban el antiguo *bloque comunista*, así como sus diferentes ámbitos de relaciones consecuencia de su ubicación/identidad histórico-geográfica en Europa, se han mostrado fundamentales para entender este espacio europeo tras la desaparición de la URSS y el final de la *Guerra Fría*.

1.2. De la *soberanía limitada* al retorno a Europa

Los últimos coletazos de la Segunda Guerra Mundial sentaron las bases de la situación de la Europa postbélica. Tras la batalla de Stalingrado en 1943 la URSS se equiparó en el ámbito militar con los Estados Unidos. Su gran poderío bélico, con un ejército «salvador» apostado a lo largo de la Europa del Este, unido al coste en víctimas en pos de la liberación europea que soportó la Unión Soviética de Stalin, proporcionaron a la URSS una posición de fuerza en las negociaciones de paz posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Así, la ubicación de las tropas soviéticas a lo largo de la Europa Central y Oriental fue clave a la hora de establecer el *nuevo orden europeo* de posguerra. Este *nuevo orden*, ratificado en los congresos de Yalta y Potsdam de 1945, creó dos *áreas de influencia* en el viejo continente. Así, el occidente europeo quedó bajo el *paraguas* norteamericano mientras que, el centro y el Este de Europa lo hacían en torno a la órbita de la URSS.

Durante este casi medio siglo de supervisión soviética de todo aquello que acaecía en su área de influencia, se dieron varias etapas. La primera época, que transcurrió desde 1945 hasta 1953, fue la de la aparición y afianzamiento, como única fuerza política en un régimen de no libertad, de los Partidos Comunistas. Esto fue posible gracias a varios factores: la presencia del ejército rojo, la inanición internacional y el provecho que, con la inestimable ayuda de la Unión Soviética, supieron sacar los partidos comunistas de su actuación en la guerra.

Bajo el principio de la *soberanía limitada*, es decir el control directo por parte de la URSS, se inició el proceso de reconstrucción en la Europa del Este. La victoria por mayoría absoluta de los partidos comunistas en las elecciones celebradas tras el final de la Segunda Guerra

Mundial en los diferentes países del Este, estableció el marco idóneo para la práctica de la teoría socialista. Con la implantación del *partido único* y prohibiendo cualquier tipo de oposición al régimen, se acometieron reformas económicas encaminadas a la *colectivización* de la propiedad agraria y a la *nacionalización* de la industria y el comercio. Este periodo, que coincidió con una etapa de bonanza económica, contribuyó a la consolidación de un espacio comunista en la Europa Central y del Este tutelado por la URSS. Al mismo tiempo, se creaban en este ámbito organismos de carácter económico como el Comité Asistencia Económica Mutua (CAEM) en 1949, o defensivos como el Pacto de Varsovia en 1955.



Se produjeron algunas excepciones como la Yugoslavia de Tito, que fue expulsada del CAEM y rompió relaciones con la URSS en 1948 en su intento de crear una tercera vía del socialismo. La Albania de Hoxa, aban-

derada de la ortodoxia marxista, también fue una excepción, y rompió relaciones con la URSS tras la muerte de Stalin al acusar al nuevo dirigente soviético, Krushev, de *revisionista*.

Un segundo periodo fue el que transcurrió desde la muerte de Stalin en 1953 hasta 1968. Tras la defunción del líder ruso, se celebró el XX Congreso del PCUS dando lugar a la *desestalinización*, que, a grandes rasgos, no consistía en otra cosa que en deshacer toda la labor del anterior dirigente. Durante estos años se dieron también las primeras quiebras del sistema socialista. Se produjeron las primeras protestas por las malas condiciones de vida en países como Hungría y Polonia. En este último, además, se llevaron a cabo protestas de tipo político contra la tutela soviética vía *partido único*. Estas crisis fueron especialmente relevantes en Polonia y Hungría (1956), Rumanía (1964) y Checoslovaquia (1968). Esta última culminó con la ocupación por tropas soviéticas del Pacto de Varsovia, en la primavera de 1968, de la capital, Praga. Se volvía así al principio de *soberanía limitada* «en contra de cualquier revisionismo que pusiera en duda la ortodoxia socialista». Mientras, Yugoslavia seguía siendo la excepción con la creación de la Organización de los No Alienados en 1956 y la Albania de Hoxa, continuaba en su aislamiento.

El último periodo, que transcurrió desde 1968 hasta 1989, coincidió con la llegada al poder de Breznev (1977) y la puesta en marcha, de nuevo, del principio de *soberanía limitada* reformada. Esta nueva situación que se dio en los años setenta, se caracterizó por dos factores. El primero, las crisis económicas de 1973 y de 1979 que tanto afectaron a los países del Este. De otra parte, el inicio, tras la Conferencia de Helsinki en 1975, de la segunda *Guerra Fría*. La década de los setenta fue un periodo de constantes tensiones entre aquellos países cuyo deterioro

político y económico era evidente (Polonia, Checoslovaquia, Hungría) y la Unión Soviética. Tensiones que fueron más evidentes en Polonia, aunque en ningún momento hicieron presagiar el final del sistema comunista como más tarde se pudo comprobar.

Por otra parte, en Yugoslavia y Albania se ponía fin a los regímenes *particularistas*. A mediados de los setenta la crisis económica en Yugoslavia era patente, a lo que se añadió también una agobiante deuda externa. Esta situación, unida a la muerte en 1980 de Tito, hizo que el sistema yugoslavo, muy vinculado a la persona del mariscal, quebrara al final de los ochenta. El funcionamiento autárquico de cada república, junto al fracaso de los *planes de estabilización* (1983, 1985 y 1989) posteriores a la muerte de Tito, no hicieron más que empeorar la situación. En Albania, el régimen de Hoxa se aislaba cada vez más, rompiendo en 1978 relaciones con China. La pobreza en la que estaba sumido este país, propia del tercer mundo, hizo que a la muerte del dirigente albanés en 1985 el modelo comunista se derrumbara.

Así, la década de los ochenta, y especialmente el último lustro de ésta, supuso el fin, en Europa Central y del Este, de un modelo que había sido instaurado en 1945 y que trató de ser la alternativa al capitalismo.

1.3. Revolución y transición en la Europa del Este

El final de los sistemas comunistas en la Europa del Este respondió estructuralmente, al menos, a dos factores. Internamente, el carácter de imposición y la falta de legitimidad democrática que los regímenes comunistas tenían en estos países. La pervivencia de los mismos estuvo siempre vinculada a la presencia del «ejército rojo» y a la tutela, en forma de *soberanía limitada*, de Moscú. A este

factor interno de carácter estructural se unieron, a finales de los ochenta, la renuncia de los partidos comunistas al monopolio de poder político, a su vez, fruto de la situación de penuria política y económica en la que vivían los estados de Europa de Este. En ningún caso fue la sociedad civil el factor de cambio o la causa de la caída de los regímenes comunistas, ya que prácticamente ésta no existía, y si era así, estaba absolutamente desvertebrada. Tan sólo en Polonia, a través de sindicato *Solidaridad* fundado en 1980, unido a la importancia de la Iglesia Católica como aglutinador de la identidad nacional polaca, pudieron responder, en parte, a esta premisa.



La importancia de los factores externos se hace vital en el fin de los sistemas comunistas en la Europa del Este. La llegada al poder en la Unión Soviética de Gorbachov en 1985, significó el fin del principio de *soberanía limitada*, pilar fundamental de la política exterior de la era Breznev. Esto fue entendido por los países del Este como el respeto al principio de soberanía de cada estado. Esta decisión tuvo mucho que ver con la incapacidad de la Unión Soviética para hacer frente a semejante carga que

gravaba, aun más si cabe, su penosa situación económica. De este modo, y en el lapso de tiempo que va desde 1989 a 1990, se celebraron elecciones libres en Polonia, Checoslovaquia, la RDA, Hungría, Rumanía y Bulgaria, en las que los partidos comunistas o herederos de éstos, excepto en los dos últimos países, fueron relegados a la oposición. La presión ejercida por occidente, el aislamiento de los países del Este, y el referente constante de la *democracia occidental* como única garantía de bienestar hicieron el resto. A partir de este momento comenzaron las transiciones hacia sistemas democráticos de corte occidental en la Europa del Este.

Podemos hablar de tres transiciones simultáneas que han tenido y tienen que superar los países del Este. La *política*, cuyo objetivo es legitimar el nuevo sistema mediante la creación, o revisión y actualización de los textos constitucionales de los diferentes estados. Democracia parlamentaria en un sistema presidencialista y multipartidista son los ejes básicos en trono a los que giran los nuevos sistemas. Este proceso ha establecido diferencias entre aquellos países más desarrollados (RDA, Polonia, Hungría y Checoslovaquia), donde los partidos comunistas o herederos perdieron las elecciones y de otra parte, los menos desarrollados (Rumanía, Bulgaria y Albania), donde aquéllos se mantuvieron en el poder.

Al mismo tiempo que se iniciaba la transición política se acometía, en un contexto de recesión mundial, la transición económica. El paso de una economía socialista a una de mercado ha supuesto grandes costes sociales para todos estos países. Así, la división hecha anteriormente para la transiciones políticas se traslada también a la hora de diferenciar aquellos países del Este más o menos desarrollados económicamente, en los que las medidas transitorias hacia una economía de mercado fueron exitosas, o por el contrario, no han cuajado.

La última transición es la internacional. La disolución del CAEM y del Pacto de Varsovia en 1991, la reunificación alemana, la división de Checoslovaquia y por supuesto, la desintegración de la URSS, crearon el marco idóneo para lo que se dio en llamar la *nueva arquitectura europea*. El *retorno a Europa* de estos países se ha concretado en su entrada en organismos como el Consejo de Europa. Es, sin duda, la próxima inserción de países como Hungría, Polonia, Estonia, Eslovenia, Chequia y Chipre a la Unión Europea y posteriormente a la OTAN, lo que les legitimará ante la sociedad internacional como estados plenamente democráticos. Al mismo tiempo, la pertenencia a la Alianza de los países que así lo decidan los ubicará claramente en el ámbito occidental europeo.

